Amelia

Nerea N

Capítulo 1

Donde todo comenzó

Una vez, cuando era una niña, una señora que echaba las cartas se acercó a mí y me dijo: *"Fuiste un hombre en tu vida anterior, no hace mucho tiempo. Y en tu alma hay restos masculinos"*. Y todo aquello sonaba tan raro que nunca le hice caso.

Me llamo Amelia. No soy narcisista ni nada por el estilo, pero la verdad es que soy guapa. Y si eres un hombre, cuando te cuente lo otro, seguramente te vas a decepcionar, pero eso no me importa.

Soy de piel morena, que en Cuba llaman trigueña. Tengo el pelo liso y largo. Más bien alta, delgada, pero bien formada. Cintura estrecha, caderas anchas, culo paradito y tetas entre medianas y pequeñas, pero muy turgentes. Soy muy femenina, tanto en la voz, como en los gestos. Y caminando, ni te cuento las groserías que me han dicho camioneros, albañiles y otros entes masculinos.

Sin embargo, tengo la mente de un hombre. De hecho, a veces dudo si a los hombres se le ocurrirían hacerle tantas cosas a una mujer, como a mí se me ocurren. En la cama, claro.

Pasé mi niñez viviendo con mi abuela, que era una mujer muy tradicional y conservadora. Era de aquellas que me decían que el "toto" era para orinar, y para que una vez al mes te saliera ese chorrito de sangre durante tres o cuatro días que llaman regla. Por lo demás, tocarlo para lavarme, y nada más. De más está decir que jamás hablamos nada de sexo. Así crecí.

Cuando empecé la escuela secundaria, a los 12 años de edad, todo iba bien. Mis hormonas aún no habían saltado, y como era una adolescente bonita y hasta un poco graciosa, jamás nadie sospechó que llevaba una bestia dentro, que no tardaría en aparecer.

Recuerdo que séptimo y octavo grados pasaron muy lentamente. No tenía muchas amigas y me aburría muchísimo. En noveno las cosas no cambiaron mucho.

Veía que casi todas mis compañeras tenían novio, y unas pocas hasta se acostaban con ellos, pero yo nunca lo había tenido, y por supuesto, jamás me había ido a la cama con nadie. Me preguntaba casi todos los días por qué no me interesaban los chicos.

Al llegar al bachillerato, que por allá se llama Pre-universitario me fui a estudiar a una beca, que por aquella época estaban muy de moda. El

significado de beca, en Cuba, no tiene nada que ver con el resto del mundo. Se trata de una escuela en el campo, donde uno va a vivir de lunes a viernes. El viernes en la tarde regresamos a la casa por el fin de semana y el domingo en la noche volvemos a la escuela.

Generalmente esas escuelas tenían tres edificios, todos comunicados entre sí. El primero es para las aulas, las oficinas, y los laboratorios de las diferentes cátedras. El segundo es el dormitorio de los chicos y el último el de las chicas. Al fondo está el área deportiva, con canchas de voleibol, baloncesto y un terreno para futbol y béisbol, este último es el deporte nacional en Cuba.

Estas escuelas estaban en medio del campo. Rodeadas de sembrados de naranjas, toronjas y mandarinas, que los estudiantes trabajábamos. No nos pagaban nada. Decían que había que combinar el estudio con el trabajo. Del trabajo en el campo solo quiero decir que a la gran mayoría nos encantaba. Eran cuatro horas diarias, pero debo confesarles que la mayoría de las veces lo menos que hacíamos era trabajar. Vigilábamos al "tío del campo", que era como le llamaban al que nos cuidaba y nos indicaba el trabajo que teníamos que hacer, y nos sentábamos a la sombra a fumar y a hacer cuentos. Casi siempre los chicos trabajaban separados de las chicas. Aun así, nada evitaba que, en otras horas, especialmente de la noche, la gente templara (follara) de lo lindo.

Como todo país comunista de aquella época, de más está decir que de la homosexualidad ni se hablaba. Era considerada una degeneración de la personalidad, y los homosexuales y lesbianas eran excluidos de cualquier puesto de responsabilidad, por considerarse unos degenerados. De ahí que, si alguien tenía alguna inclinación de este tipo, tenía que ocuparse muy bien en disimularla.

Recuerdo que un día, estando "de pase", que era la frase usada para cuando estábamos en casa los fines de semana, o cualquier otro día que te dejaran salir, por enfermedad o lo que fuera, después de ducharme me miré al espejo.

Aquel día me fijé en mis tetas, que no eran grandes, pero sí muy bien formadas y en el triángulo negro, casi perfecto que tenía entre las piernas. Pasé mi mano por ambas partes, acariciándome, muy brevemente, y me agradó mucho. Fue solo un momento, pero lo suficiente para darme cuenta de que la niña había quedado atrás. Me sentía una mujer. Ya sé que, pensarán que era un poco tarde, pero cada cual desarrolla mental y físicamente a un tiempo diferente.

Sin embargo, ¿qué podía hacer con aquellas sensaciones que había descubierto? Los chicos no me atraían para nada y pensar en una mujer no podía ni ocurrírseme. Me vestí y traté de olvidarme de aquello. Yo no

era una pervertida.

Aquel domingo, como todos, regresé a la escuela. Al día siguiente coincidí en las duchas con Alejandra, una chica rubia que recién había llegado a la escuela. Me estaba secando y ella que tenía prisa se quitó todo en un segundo, abrió el grifo y comenzó a enjabonarse. Cuando la vi frotarse las tetas me excité de buena manera. Ella se viró y se frotó las caderas y las nalgas. ¡Qué guapa era! Yo trataba de disimular para no irme del baño. Creo que me sequé tres veces aquella tarde. Ella comenzó a enjuagarse. Veía el agua caer por su cuerpo. Tenía los pezones erectos porque era agua fría. El vello púbico encaracolado y tan rubio como su pelo. ¡Madre mía! ¿Qué me estaba pasando? Yo había visto desnuda a varias chicas y ellas me habían visto a mí y nunca había sentido nada. Ahora sentía que hervía por dentro. Deseaba que Alejandra me invitara a su ducha y allí hacerle mil cosas que se me estaban ocurriendo. La miré una vez más. No podía seguir. Se iba a dar cuenta.

Entonces salí del baño y me fui al área donde estaban las camas. Cuando me puse el tanga, me di cuenta que estaba mojada. Era la primera vez en mi vida que me ocurría aquello.

En la noche estaban proyectando una película, y casi todos los alumnos la estaban viendo en el teatro de la escuela, que se me olvidó decir que estaba en la planta baja del último de los tres edificios. No podía quitarme la imagen de aquella chica duchándose frente a mí, como tampoco podía quitarme aquel calentón, que era el primero en mi vida, y no se apagaba.

Disimuladamente abandoné el teatro y dejé a mis compañeras entretenidas con la película. En lo que a mí respecta, no podía concentrarme. Subí las escaleras y llegué a mi cubículo (una de las varias secciones del edificio llenas de literas, o sea los dormitorios). Estaba desierto. Me acosté en mi cama y me puse a pensar en lo que me estaba sucediendo. De forma inconsciente, metí mi mano por dentro de la falda del uniforme, y descubrí que otra vez estaba mojada.

Comencé a acariciarme lentamente, mientras rememoraba las tetas de Alejandra. Algo curioso me pasaba. Sentía deseos de acostarme con ella y penetrarla, sí han entendido bien, metérsela hasta que gritara. Pero había un problema: Yo no tenía nada que meterle. No tenía pene. Era una chica.

Seguí con el toqueteo de mis zonas más íntimas hasta que aquella cosquilla que se había iniciado en la parte baja de mi vientre se fue haciendo más y más intensa, de tal manera que cuando llegó a su punto culminante me hizo gritar de placer. Había tenido mi primer orgasmo, y me lo había provocado yo misma. Sin embargo, quería más. Me sentía

aliviada debido al placer que acababa de experimentar, pero necesitaba sentirme abrazada por alguien, por una mujer, preferiblemente por Alejandra.

¿Qué hacer ahora? Me preguntaba a mí misma. No podía hablar de eso con nadie porque si se enteraban en la dirección, me expulsarían de la escuela. ¿Debería ir al médico? ¿Era aquello una enfermedad, como algunos decían? ¿O a un psicólogo mejor? Seguramente se trataba de un trastorno mental. ¿O tal vez buscarme un novio, que hasta ahora no había tenido ninguno? Bueno, un par de chicos habían tonteado conmigo hace tiempo, pero la cosa nunca había pasado de un besito. Es que no me gustaban. Sí, eso, era virgen también. Lo tenía todo.

A partir del momento en que descubrí mi sexualidad, hubiera querido ser un chico alto, fuerte, con mucha barba y un pene bien grande, pero era una chica femenina, con caderas anchas y las tetas paradas. ¡Madre mía! ¿Qué sería de mí?

Capítulo 2

Debajo de las majaguas

Contemplado desde nuestro mundo actual, especialmente si vives en Europa o Estados Unidos, no habría gran problema. Pero no era mi caso. Vivía en Cuba, en un momento histórico diferente al actual, que no es que las cosas hayan mejorado mucho, pero la hipocresía del gobierno intenta dar otra imagen.

Decidí buscarme un novio. Y, lo que, es más, acostarme con él. Al menos comprobaría por mí misma lo que es estar con un hombre. Y en dependencia de cómo fuera, a partir de ahí tomaría una decisión en mi vida. Tal vez me gustaba, y no lo sabía porque nunca lo había probado.

Por suerte tenía donde escoger, porque la mayoría de los chicos de la escuela se pasaban la vida metiéndose conmigo y diciéndome piropos, algunos demasiado pasados de tono.

Escogí a Jorge. Le sonreí un par de veces, y antes de lo que se imaginan lo tenía comiendo de mi mano. Seguramente pensó que yo ya no era "señorita" (que es como llaman en Cuba a las que nunca se han acostado con un hombre). Tampoco se imaginó jamás que sería yo quien lo invitaría a acostarse conmigo.

No les voy a hacer la historia completa, porque no quiero cansarles. Solo les diré que, a los tres días de ser novios, un día que tanto los varones como las hembras coincidimos trabajando en la recogida de mandarinas, como parte de nuestro trabajo en el campo, me lo llevé a un lugar apartado, a la sombra de unos árboles llamados majaguas. Improvisé una cama con hierbas, y ante sus ojos abiertos como platos, me quité la ropa delante de él..

No le dije que nunca lo había hecho. Traté de actuar con la mayor naturalidad posible. Aquel chico fuerte e inexperto, que medía casi seis pies, se acostó entre mis piernas y sacó su aparato. Sin preliminares ni nada. Me abrió los labios y empujó. Yo de inexperta también, ni había llevado lubricante, ni preservativo, ni nada. Mira, para no hacerte el cuento muy largo, me metí un manojo de hierbas en la boca y lo mordí con toda mi fuerza, para que nadie me oyera si gritaba. Y grité. Pensaba que me moría del dolor. Con las primeras embestidas ya había hecho que me saliera sangre, y "aquello no entraba". Me miró, sin dejar de presionar el cabrón, y me preguntó si era "señorita". Moví la cabeza afirmativamente en un gesto de desesperación, ¿y creen que paró? Pues no. Parecía un caballo en celo tratando de meter su pene dentro del

chocho de una yegua. Después de aquella tortura que no parecía acabar nunca, logró partirme y la metió hasta el fondo. Enseguida acabó.

Me levanté de allí medio mareada. Me limpié con un pañuelo que me dejó, y me puse una servilleta que llevaba, como si fuera una compresa, porque me había manchado de leche y me iba a embarrar más aún. Me subí las bragas y me puse el pantalón. Nos fuimos, cada uno a su grupo de trabajo. Me dolían los ovarios, y yo no sabía si era que me iba a bajar la regla o si era por los pingazos que me dio, que después que la logró meter, solo fueron quince u veinte, pero me los sentí en el alma. Y para colmo yo estaba seca, y aquello me arañaba, como a las gatas.

Por la tarde, caí con la regla. Y fue una suerte, porque podía haberme dejado embarazada. Era muy tonta. Cuando me duché, casi grito de la ardentía, por el himen recién partido.

Aquella tarde tome mi decisión. Nunca más estaría con un hombre. No me gustaban. Sin embargo, debo confesar, que, a pesar de lo traumático de aquel acto sexual, disfruté un poquito. Sí, han leído bien, pero disfruté pensando que era yo la que le hacía todo aquello a una chica. A partir de aquel día, mi vida tomaría un rumbo diferente.

Capítulo 3

El marinero

En aquella época en Cuba solo podían salir al extranjero los marineros. Eran los únicos a los que les estaba permitido viajar.

Mi prima Claudia, que vivía en Marianao, una localidad de la Habana, tenía un novio que era marinero. Ella era diez años mayor que yo. Nunca habíamos tenido mucha relación, porque vivíamos lejos, y en Cuba, con lo malo que está el transporte público, viajar incluso veinte o treinta kilómetros te puede tomar una eternidad, pero decidí ir a verla. Hacía dos años que no nos veíamos, aunque de tiempo a tiempo hablábamos por teléfono.

Con tanta suerte que su novio, el marinero, estaba allí. Ella era una persona de mente abierta, al menos mucho más que la media. Decidí contarle lo que me estaba pasando, y lo hice delante del chico, que había viajado a más de veinte países y había visto mucho mundo.

Aquella tarde comprendí que no era lesbiana. No, no lo era porque una lesbiana es una mujer a la que le gustan las mujeres, pero sin dejar de sentirse mujer. Yo no. Yo me sentía hombre. Había un par de cosas curiosas y tal vez inexplicables para mí. Una era que aquello había comenzado a ocurrir en mi adolescencia, y la segunda, que seguía siendo muy femenina. Mi masculinidad solo estaba orientada mentalmente hacia la sexualidad. Años después, cuando una psicóloga me lo explicó, lo entendí mejor, aunque también me aclaró que mi caso no era de los más comunes, porque casi siempre, estas personas se sienten varones o hembras y empiezan a comportarse como tales desde que tienen uso de razón y no era mi caso.

Charlamos muchísimo, y hasta le hice un curioso encargo al novio de Claudia, del cual hablaré más adelante.

Capítulo 4

Enamorando a Alejandra

Regresé a la escuela y lo primero que hice fue acercarme a Alejandra. Estaba más bella que de costumbre. Con aquellos ojazos azules y aquella coleta dorada, y aquellas tetas paradas. No cabía ni la menor duda. Me había enamorado por primera vez en mi vida.

Comencé a acercarme a ella y nos hicimos amigas. Descubrí muchas cosas. Por ejemplo, que le encantaban los animales y las flores, supe cuál era su perfume preferido, la música que le gustaba, y algunos otros detalles.

En una de las casas que estaban cerca de la escuela, vivía un viejito que vendía unos claveles preciosos. En aquella época, casi todo costaba muy poco. Me escabullí un segundo del surco en que estaba trabajando y le compré uno.

Regresé con él, escondido. Entonces busqué a Alejandra y la invité a tomar agua fresquita que había traído. Nos sentamos a la sombra.

—Cierra los ojos —le pedí sonriendo.

—¿Para qué quieres que los cierre? No me vayas a asustar con una rana, que les tengo mucho miedo.

Finalmente los cerró. Saqué el clavel y se lo puse delante.

—Ya puedes abrirlos —le dije.

—¿Eso es para mí? Me dijo emocionada.

—Claro, es un regalo.

Lo tomó, lo olió y lo acarició suavemente.

—Es mi flor preferida. ¿Cómo lo has sabido?

—Intuición —le espeté, guiñando un ojo—. Entonces me dio un abrazo.

Hubiera querido que aquel momento no hubiera terminado nunca. No sentía el tiempo pasar. No escuchaba nada. Todo se había detenido en el instante en que mi piel hizo contacto con la de ella. No sé cuánto tiempo transcurrió. Ella se fue soltando lentamente.

—Creo que debemos volver al trabajo, o vendrán a buscarnos.

—Claro—le dije—mientras sentía que flotaba en una nube.

Y regresamos al surco.

Aquel día cuando regresamos del campo, hice todo lo posible por coincidir en las duchas con ella, pero la presión de agua era muy débil y solo funcionaban dos de ellas. Desafortunadamente, cuando pude entrar, ella salía, envuelta en una toalla. La miré de espalda. Eran unos cinco metros lo que había que recorrer para llegar a la puerta y salir a las literas. Nunca sabré si lo hizo a propósito o no, pero aquellas caderas y aquella cintura se contoneaban como nunca lo habían hecho, de forma tal que me volvían loca. Hubiera querido que solo estuviéramos ella y yo, y quitarle aquella toalla y cargarla y llevarla a su cama, besarla, morderla, acariciarla, abrirle las piernas y penetrarla hasta que gritara. Pero todo era en vano. Yo no tenía pene. Abrí el grifo y dejé que el agua fría me quitara aquel calentón.

Capítulo 5

Disfrazada

Unos días después de la visita a mi prima, recibí una inusual llamada telefónica de ella. Me pedía que fuera a su casa, que me tenía lo que le había encargado.

Cuando llegué, me estaba esperando con el paquete en la mano. Después de los saludos me dijo:

—Prima, aquí te dejó mi novio y dice que te lo regala. Es un arnés con un pene que parece de verdad. Me sabe mal, pero me han avisado de un trabajo que me han conseguido y tengo que salir ahora, porque me han llamado para hacerme una entrevista. Adentro están las instrucciones.

Le di mil gracias. Nos abrazamos y cada una se fue por su sitio.

Cuando llegué a mi casa, me encerré en el cuarto y saqué mi regalo. Era casi igual al pene del chico que me desfloró. El mismo tamaño, un poco más grande, en realidad, la misma textura, bueno, casi la misma. Me quité la ropa, me até aquel arnés o cinturón discreto a la cintura y me miré en el espejo. Me recogí el pelo, me puse una gorra y una blusa que me aplanaba las tetas y me pinté un bigote. Si no hablaba, en una oscuridad, podría pasar por un hombre, bueno, al menos podría hacer el intento. Entonces se me ocurrió una idea.

Julito era un chico que vivía muy cerca de mi casa. Tenía unos 20 años y era un muchacho, que como decimos en Cuba, tenía mucha calle. Me senté en el parque, y con tan buena suerte que lo vi pasar en bicicleta. Entonces lo llamé.

La verdad es que no nos conocíamos muy bien, solo de vista, pero decidí arriesgarme.

—Oye Julio, ¿Conoces a Lali, la chica que tiene un negocio de putas?

—En el pueblo todo el mundo la conoce, aunque tú sabes que ella trabaja con mucho cuidado, para que no la coja la policía.

—Dale este número de teléfono y dile que tengo un negocio para ella, que le va a convenir.

Le di el número de mi móvil y se fue.

Esa misma noche Lali me llamó. Intenté hablar con ella, pero me dijo que por teléfono no podía. Quedamos en vernos al día siguiente en el parque.

A la hora acordada allí estábamos las dos. Ella también me conocía de vista, pero vivíamos lejos una de la otra.

—Mira Lali, el asunto es que tengo un primo que vino de Camagüey, un muchacho muy tímido, bueno es mudo para colmo de males, pero puede oír. Y quiere estar con una muchacha. Necesito saber si puede hacerlo con una de tus chicas.

—¿Está muy feo? —me preguntó con cara burlona.

—No, es normal. Se parece un poco a mí. Es hijo de una hermana de mi madre.

—A ver, le puedo dar una cita con Sandra, la chica más joven y bonita, 20 años, delgada, buenas tetas.

—Perfecto, esa misma.

—Pero ella cobra el doble. Diez dólares. ¿Sí o no?

—Coño Lali, rebájale un poquito, que él es del campo.

—Ocho. Y ningún extra —me dijo tajante.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté un poco avergonzada por mi inocencia, que trataba de encubrir a toda costa.

—Quiero decir que nada de chupársela, ni sexo anal, ni nada. Le echa un palo —así le dicen los cubanos a echar un polvo— y cuando se venga, se va. Y con preservativo, por supuesto.

—Trato hecho. Pero él necesita discresión. Que no lo vea nadie, y sobre todo que sea por la noche. Dile que tiene que ser con la luz apagada, y que lo deje que haga las cosas a su manera. Él es muy tímido, y seguro que ni se va a quitar toda la ropa.

—Está bien. ¿Sabes dónde vivo?

—Sí.

—Pues que entre por el pasillo. Hoy a las 9:00 de la noche. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece genial. A esa hora todo el mundo está viendo la novela y casi no hay nadie en la calle.

Nos despedimos. Ese día le pedí prestada una muda de ropa a un vecino. Le dije que estaba haciendo un trabajo de corte y costura para la escuela,

y me la dejó.

A las 8:45 de la noche salí en la bicicleta rumbo a casa de Lali. Me recogí el pelo y me puse la gorra y un par de gafas. Me aplasté las tetas lo más que pude y me puse una chaqueta arriba. El pantalón negro, y los tenis, que sí eran míos. Nadie diría que yo era una mujer.

Entré por el pasillo, que estaba súper oscuro. Lali esperaba con la chica. Me hizo señas para que pasara a un cuarto y le puse el candado a la bicicleta, aunque ella me aseguró que allí nadie se la robaría.

Por suerte todo estaba como acordamos. Solo había una lamparita encendida sobre la mesita de noche, y la luz era tan tenue, que se veía bien poco. La chica se acercó y me dijo que si quería que se desnudara. Le dije que no, con la cabeza. Apagué la luz y la comencé a desnudar lentamente. Ella intentó quitarme la camisa, pero le agarré las manos y se dio cuenta de que yo no quería que lo hiciera.

Primero la blusa, después le quité el sujetador y empecé a besarle y chuparle las tetas, muy despacio. Subía al cuello y volvía a bajar. La fui acercando más a la cama y la acosté debajo de mí. Le quité la falda y le besé los muslos. Cuando le bajé el tanga, estaba loca por meterme dentro de aquel triángulo de vellos negros y recorrer con mi lengua aquella vulva de Barbie, que a duras penas lograba imaginar, según el tacto, porque no se veía nada, pero decidí no hacerlo. La chica era puta, y nadie sabe lo que habría pasado por allí.

Se acercaba el momento más difícil, penetrarla con el pene artificial que tenía en mi bolsillo. La acomodé lo mejor que pude. Confieso que no me había quitado ni los tenis. Le abrí bien las piernas y me zafé el cinturón. Le llevé ambos brazos hacia atrás y ella se agarró del cabecero de la cama. La toqué y por suerte estaba húmeda, o se había puesto lubricante. Yo estaba empapada. Entonces busqué la entrada y con mucho cuidado y empecé a metérsela. En cuanto la sintió entrando, chilló un poco.

—¡Que dura la tienes papi! —me dijo—. Presioné y le introduje la mitad. Aquella frase me había puesto a mil.

—Cojones me está doliendo. Sácamela, para echarme lubricante.

Estiró el brazo y cogió a tientas un botecito de crema que estaba sobre la mesita de noche. Se lo paso por toda la raja y me dijo que ya podía. Le volví a echar los brazos hacia atrás, y la penetré nuevamente. No quería que ella tocara aquello. Le había puesto hasta un preservativo para hac3erlo aún más realista, pero Si sabía que si no me daba prisa me

descubriría, sin lugar a dudas.

La verdad es que esta vez entró con menos dificultad, pero cuando se la empujé hasta atrás volvió a gritar. Empecé a sacarla y meterla con la mano derecha, desde abajo. La oscuridad era casi total. La chica se quejaba. Sentía las gotas de sudor corriendo por su cuerpo.

—No me la metas toda, por favor. Me está doliendo mucho. ¿Falta mucho para que te vengas?

La verdad es que me gustaba aquella sensación de poder que sentía sobre aquella muchacha. Le metí y saqué aquello varias veces más. Cuando la tenía clavada hasta atrás, yo aprovechaba para frotarme el clítoris. Poco tiempo después, con sus gritos logré correrme. Tuve que disimular, para que no notara que yo era una mujer con mis gemidos. Fue un orgasmo muy intenso, y la imposibilidad de gritar lo hizo más intenso todavía. Me levanté y me abroché el cinturon, le pagué y me fui.

Había sido una experiencia fascinante. Me había sentido un hombre en toda su magnitud.

Esa noche apenas puede dormir. A la mañana siguiente me llamó Lali, para preguntarme que qué tenía mi primo en el rabo, que Sandra había tenido que ir al médico aquella misma noche, que le habían hecho un desgarro vaginal de tal magnitud, que no era comparable ni siquiera con la primera vez que se acostó con un hombre, siendo virgen todavía.

Lo sentí por ella, y le deseé que se recuperara muy pronto.

Capítulo 6

Espantando a un intruso

Al regresar a la escuela traté de estar lo más cerca posible de Alejandra. Y estuve tan cerca que me enteré de que había un chico del grado 12 que le estaba echando el ojo. Era un mango—frase cubana para decir que alguien está muy bueno—, y me propuse que aquel romance inicial no llegaría a ninguna parte. Pero primero, tenía que saber más de Alejandra.

Al siguiente día aproveché el tiempo de receso del trabajo en el campo, y me la llevé debajo de las majaguas. La invité a compartir mi merienda.

—¿Te gusta alguien de la escuela? —le pregunté disimuladamente—. Enseguida se le puso roja la cara. Era muy tímida y eso me encantaba.

—A ver, —me dijo—, hay un muchacho de 12 que he oído que le gusto.

—¿Y él te gusta a ti? —le pregunté con el corazón en la boca.

—Es atractivo. Tiene unos ojos bonitos.

—Vamos, que te gusta.

—Ay Amelia, sí, creo que me gusta, pero yo nunca he tenido novio.

En aquel momento me revolví de la emoción. Aquella chica nunca había tenido ningún cabrón que la manoseara, ni la besara, y seguramente nunca se la habían follado.

—Eres virgen, ¿verdad?

—Sí, pero por tu madre no se lo digas a nadie que me muero de vergüenza.

Las mariposillas revoloteaban en mi estómago, y un poco más abajo también. Tenía que seducirla, hacer que se enamorara de mí, que comiera de mi mano, que me deseara, y que se entregara por completo a mí.

—¿Te has quedado muda? —me dijo mirándome a los ojos.

—No, es que estaba pensando que podíamos pasar el fin de semana juntas, si tus padres te lo permiten, claro. Podríamos pasear, y por la noche te quedas en mi casa. Mi cama es grandísima y dormimos juntas,

después de hablar de todos los chismes y temas que quieras.

—Pues no es mala idea. Como eres chica, igual que yo, mis padres seguro que me dejan. Además, no tengo muchas amigas.

Y las dos se levantaron, para volver a recoger mandarinas.

Aquello estaba cogiendo forma. Sin embargo, tendría que quitar de en medio al chico de los ojos verdes. En el buen sentido de la palabra. Aunque no iba a matarlo.

Al mediodía, fuimos juntas a almorzar. En el comedor, coincidimos con Freddy, sí el chico guapo, quien no dejaba de mirar a mi chica … ja. Ja… ¡qué creída soy! "Mi chica", y ni éramos nada, ni habíamos hecho nada, pero eso no importaba. Yo ya la consideraba mi chica, y quien se interpusiera entre nosotras, se las tendría que ver conmigo.

Aquella tarde no dejé de pensar ni un momento en cómo alejar a Freddy de Alejandra. Al final, se me ocurrió algo, aunque tal vez no era una buena idea, porque podría salir mal. Tenía que ganar tiempo e impedir que se acercara a ella, al menos no antes de que ella y yo pasáramos el fin de semana juntas.

Entonces lo llamé a solas. Y fui lo más directa posible.

—¿Has estado con alguna chica en estos días? —le espeté.

—¿A qué viene esa pregunta? —me dijo con una media sonrisa.

—Porque tengo una amiga, y no es Alejandra, que me dijo que daría la vida por acostarse contigo.

—¿Quién es? —preguntó ansioso.

—Eso no te lo puedo decir, pero ella me ha dicho que si la llamas a este número—dije, extendiéndole un papelito— que es el de mi casa, el sábado, cuando salgamos de pase, te va a esperar allí. Si no encuentras un lugar donde llevártela, te puedo prestar mi habitación, que estoy sola el fin de semana.

—¿Eres tú? — preguntó.

—No, si tú a mí no me gustas. Lo estoy haciendo por hacerle un favor a ella y a ti.

—Está bien. Dile que nos vemos en tu casa el sábado.

—Llama primero. Ah, y no te olvides de alejarte de Alejandra. Esa es la condición. Si te veo mirándola o en algo con ella, te vas a quedar en blanco.

—¿Y ese interés tuyo en que no se acerquen a Alejandra? —me preguntó intrigado.

—No, si yo no tengo ningún interés. Es que me gusta poner condiciones cuando hago un favor, pero vamos, que hablo con la chica y le digo que no te gusta.

—No, no hagas eso. Estoy loco por acostarme con una chica…. tú me entiendes. A mí Alejandra no me importa. Es que le vi cara de inocente y pensé que sería fácil follármela, pero mejor voy al directo con tu amiga.

—¡Qué hijo de puta! —pensé.

—Oye, ¿Y si no me gusta? —me dijo, cuando ya se iba.

—Te va a gustar. Las mujeres sabemos de eso. Además, ¿con cuantas chicas te has acostado? Tú sabes que la mayoría no lo hacemos antes de casarnos

—A decir verdad, solamente con una divorciada de 34 años que vivía en mi calle.

—Pues ya tú me dirás. Y nos despedimos.

Capítulo 7

Fin de semana

Al fin llegó el ansiado fin de semana. Tenía a Alejandra en mi casa y estábamos solas.

Le hice una cena deliciosa, con velas y hasta una botella de vino que había conseguido. Vimos una película romántica. Y por fin llegó la hora de acostarnos. En la tarde había sonado el teléfono. Era Freddy, preguntando por la chica que yo había inventado. "Le vino la regla" —le dije. Será la próxima vez—. Me había librado de él.

En Cuba casi siempre hace mucho calor, por lo que, en la intimidad del dormitorio, no suele usarse pijama. La mayoría de las chicas dormimos en bragas y para arriba una camiseta finita, y a veces nada.

Encendí el ventilador y empecé a desnudarme. Claro, no completamente.

—¿Has traído ropa para dormir? —le pregunté.

—Sí, este short y esta camiseta—me dijo sacándolas de la mochila.

—Pues yo dormiré en bragas y sin sujetador. Me podré esta camiseta. Si quieres puedes ir al baño a cambiarte.

—No, me cambio aquí, es igual—dijo con cierta inseguridad.

Ya ligeritas de ropa, empezamos a conversar.

—Ale, a mí me parece que ese chico que me dijiste que te miraba y tal, no es de fiar.

—¿Por qué lo dices?

—Ese es un aguililla. Va a lo que va. Me han dicho que se ha acostado con un montón de chicas en la escuela. Y si alguna no quiere acostarse con él, las deja enseguida.

—¡Madre mía! No me lo imaginaba así. ¡Qué va! Conmigo que ni lo sueñe. No me voy a acostar con él ni nada de eso.

—Pero algún día tendrás que acostarte con alguno, ¿o no?

—Me da mucho miedo Ame. Tengo pánico.

—¿Por qué? —le pregunté curiosa.

—No sé. Sencillamente tengo miedo.

—¿Nunca has hecho nada con un chico?

—No, nunca.

—¿Y tú sola? ¿Te has masturbado alguna vez?

—¿Tú dices que si me hago pajas? —preguntó Alejandra extrañada.

—A ver, la palabra paja es un poco brusca. Lo que quiero decir es que, si alguna vez te has tocado, excitada, con ganas de hacerlo.

Alejandra se puso colorada. Inmediatamente bajó la mirada.

—No, nunca me he tocado ahí.

—¿Has tenido un orgasmo alguna vez en tu vida?

—¿Te refieres a eso que sienten las mujeres después de estar follando un rato?

—Sí, a eso.

—Nunca lo he sentido—dijo la chica, echándose hacia atrás el mechón de pelo rubio que le caía en la frente.

—¿Te gustaría tener uno? Ahora mismo.

—Pero, no hay ningún chico aquí.

—No hace falta. Estamos tú y yo.

—¿Eres lesbiana Amelia? La verdad es que no lo pareces.

—No, no lo soy. Solo te digo que, si quieres un orgasmo, yo te puedo enseñar a conseguirlo—aunque hubiera querido decirle que soy un hombre por dentro.

—¿Y qué tengo qué hacer? Es que soy virgen.

—No te preocupes, que a tu virginidad no le va a pasar nada. ¿Quieres que te pase el cepillo, para que no se te enrede el pelo?

Las dos chicas estaban en la cama.

—Ven, siéntate aquí, entre mis piernas, de espaldas a mí. Te voy a cepillar el pelo. Y olvídate de lo que te dije.

Alejandra se acomodó de espaldas a mí, y eyo empecé a peinarla. Lo hacía despacio, suavemente, con cuidado. Después de un largo rato, Alejandra me dijo:

—Enséñame a tener un orgasmo.

A mi le parecía mentira lo que estaba escuchando. Al fin tenía la oportunidad que tanto había esperado.

—¿Qué tengo que hacer?

—De momento, nos quitamos la ropa, para enseñarte. Fíjate bien cómo lo voy a hacer.

—Es que me da un poco de vergüenza—le dijo.

—No, tonta, que las dos somos chicas. Cerramos los ojos, contamos hasta diez y cuando los abramos, ya estamos desnudas las dos.

—¿Para arriba también? —preguntó.

—Todo. Nos quedaremos como nos parieron. Empiezo a contar.

Cuando abrimos los ojos, ya estábamos como vinimos al mundo, una frente a la otra.

El pelo rubio de Alejandra le caía por los hombros, rozándole ambos pechos, blancos y empinados, con unos pezones que parecían dibujados. El vientre totalmente plano, las anchas caderas, un ombligo poco profundo desde el cual salían en hilera unos finos vellos en forma descendente que llegaban a formar un triángulo tan perfecto que hasta Venus la hubiera envidiado.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Acuéstate y cierra los ojos otra vez.

—¿No te lo ibas a hacer tú primero?

—Déjame a mí.

Pasé la mano lentamente por su vientre. Poco a poco fui bajando, hasta llegar a aquellos vellos, discretos, rubios, encaracolados. Me detuve

revolviéndolos suavemente. Después me senté frente a ella, que tenía la cara tapada con ambas manos.

Abrió los labios muy despacio. Acaricié la rajita con mi dedo índice. Recorrí el clítoris con movimientos circulares.

—¿Te está gustando? —le pregunté.

—Me hace un poco de cosquillas —dijo sonriendo, mientras inconscientemente abría las piernas.

La besé muy despacio en la parte interior de los muslos. De arriba hacia abajo. Besé su vello púbico y le abrí la vulva. El himen cerrando casi completamente, y yo pensando para mis adentros que, si fuera hombre, ahora mismo iba a manchar de rojo la sábana.

Acerqué mi boca, y comencé. Enseguida sentí la humedad, y a Alejandra se le escapó un suspiro. Intensifiqué los movimientos con la lengua y los dedos a la vez. Alejandra llevó las manos hacia atrás, se agarró de la almohada. Su cuerpo estaba tenso. Intentó controlarse, pero no logró ocultar sus gemidos. Y después de los gemidos un grito. Se tapó la boca con la mano. Después expulsó el aire poco a poco y finalmente se relajó. La sábana estaba mojada, debajo del culo.

Me arrodillé y le miré a los ojos.

—Me muero de vergüenza Amelia, pero si esta cosquilla y estas contracciones que he sentido se llaman orgasmo, es lo más rico que he experimentado en mi vida.

—Me alegro—le dije con una sonrisa.

—¡Y tú? ¿Te corriste? —le preguntó.

—No, todavía.

—¡Puedo hacer algo?

—Solo déjate llevar.

Cinco minutos después yo respiraba agitadamente, gimiendo y al final también grité.

Después me relajé y me acosté junto a ella. La abracé.

—Ahora vamos a dormir—me dijo—, y no olvides que yo no soy lesbiana.

—Ni yo—le dije sonriendo.

Sabía que después de lo que había pasado, ella era mi chica y yo su hombre, aunque por fuera tuviera tetas, caderas anchas y el pelo por la cintura.